

AMÉRICA 1492-1992: ¿500 AÑOS DE QUÉ? (¿Un drama orwelliano?)

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo

Tesista del Postgrado de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación.
U.L.A., Mérida, Venezuela

Lo autobiográfico y contemporáneo como aproximación a la historia

Pido disculpas por el tono autobiográfico de mi intervención, pero aseguro que sólo será el comienzo de ella. Como justificación, debo expresar que comparto la tesis de *Benedetto Croce* de que toda historia es historia contemporánea (1971), en tanto que remontarse al estudio de los tiempos lejanos no pretende más que satisfacer interrogantes del tiempo del historiador que lo emprende... lo cual podría conducir a una afirmación aún más radical: toda historia no es más que «autobiografía», puesto que el historiador busca explicaciones para sus propias dudas, más que para las de sus contemporáneos.

En mi caso particular la historia ha sido asumida como una posibilidad de encontrar respuestas a las preguntas que me ha planteado el contexto socio-histórico-cultural en el que existo y mi posición—en el supuesto negado de que haya sido alguna— en él.

Así que permítaseme unas pocas anécdotas y citas antes de afrontar el tema de mi intervención.

Esta anécdota se la escuché al profesor *Briceño Guerrero* y se refiere a la profesora *María Rosa Alonso*, tinerfeña de

nacimiento, española de nacionalidad y profesora de Filosofía Española en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes en los años sesenta,⁽¹⁾ a quien un alumno-dirigente la habría emplazado, calificándola (¿o desautorizándola?) de... «descendiente de los españoles que invadieron, robaron y mataron a los indios»..., a lo que la profesora *Alonso* habría respondido que ella no descendía de «esos españoles», sino de los que se quedaron allá y que, en dado caso, más descendiente de ellos sería quien la había interpelado.

El motivo de esta anécdota es porque, hasta donde un servidor sepa, puesto que mis antepasados fueron poco menos que «naturales» producto de la mezcla guanche-mauritano-hispana, donde mis abuelos paternos nacieron en cuevas, las de Garafía, de donde las políticas de Alfonso XII habrían de desalojarlos; mis abuelos maternos lo hicieron en casas de piedra y hasta quien habla nació en una aldea montañosa conocida por tener, en la roca volcánica, cavidades en las que se depositaba el agua de lluvia que los campesinos iban a buscar para cubrir sus necesidades, llamada «Charcos de Araco» y fui traído al mundo, además, por una comadrona... Por lo que difícilmente desciendo de otras personas que no sean esos «españoles» del archipiélago canario a los

que no les quedó más remedio que quedarse, también, allá.

Por otra parte, en tanto canario de origen, debería sumarme al coro de «do-lientes» de la conquista-colonización española, puesto que ella se produjo en el archipiélago previamente a la de América (RUBIO Y OTROS, 1970:469), pudiendo decirse que sirvieron de «campo de experimentación» para la que de seguidas se haría en este extremo del Atlántico. Así las deshabitadas islas de Lanzarote y Fuerteventura fueron incorporadas a la corona de Castilla entre 1402 y 1405, El Hierro —la isla más pequeña— lo fue en 1405, La Gomera —que protagonizó una aguerrida y extensa resistencia y cuyos habitantes fueron tenidos por los más «salvajes» entre los de las siete islas— lograron someterla luego de un período que se inició en 1447 y culminó en 1488, los canariones de Gran Canaria (isla de la que se derivó el nombre de las islas, puesto que quienes primero recibieron en ella a los españoles fueron las manadas de perros que allí había, por lo que mereció el apelativo de *Isla de los canes*» que se hizo extensivo a las demás y al ser ésta la de mayor tamaño, quedó como «Gran isla de los canes», y después «Gran Canaria») fueron sometidos entre 1478 y 1483, mi natal La Palma, tras la captura (con engaños y falsos ofrecimientos) de *Tanausú*, el jefe de la resistencia palmera, que después, al verse encadenado y encarcelado en un barco para ser conducido a España, se suicidó; se dio entre 1492 y 1493 y Tenerife fue tomada entre los años de 1494 y 1496.

De suerte, entonces, que traído a Venezuela de cinco años de edad, mi «identidad histórica» era prácticamente nula y mi nacionalidad era «española» porque esa fue siempre la palabra que colocaban las maestras en la casilla correspondiente al momento de inscribirme

en la escuela... pero ello significó que, como único alumno «español» del Grupo Escolar «Juan Manuel Alamo» de Duaca, en el Estado Lara, Venezuela, debía cargar, sobre todo en las horas de historia, con la responsabilidad de todo el «pron-tuario» que Bartolomé de Las Casas (1989) instruyó en «sumario» hacia 1552 y que después pasó a «plenaria» al ser traducido a varias lenguas en Europa. A falta de *Hernán Cortés*, *Francisco Pizarro*, *Juan de Carvajal* o *Juan Rodríguez Xuárez*, mi familia debió integrar el «espacio mental» de la culpabilidad histórica, junto a los demás isleños que sembraban cebolla y tomate contratando trabajadores venezolanos, por ser... «descendientes de los españoles que antes explotaron a los indios y ahora a los venezolanos»...

De haberse seguido hasta aquí mi exposición, la pregunta obvia sería: ...¿Cómo fue posible que decidiera estudiar historia?... porque, en mi caso, no fue que no encontré cupo en otra carrera e historia fuese la única posibilidad de ingresar a la Universidad: sino un acto voluntario del que —pese a las miserias gremiales y laborales que hacen del oficio de historiador una especie de «limbo ocupacional» en el que se carece de «idoneidad profesional» para recibir salario en algún campo laboral— no hay arrepentimiento... Antes de responder quiero llamar la atención sobre el hecho de que la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes ha incluido muchos inmigrantes e hijos de éstos en sus matrículas, con lo que mi respuesta carecerá de «valor probatorio»... De todas maneras, en mi caso, la causa fue precisamente la que he relatado: desconocedor de una tradición histórica de la cual sentirme parte, al entrar en contacto con la venezolana el lugar donde se me ubica es el de los lapidados...

Permítaseme otra digresión: en el «cuadro de similitudes» de las Américas,

expuesto por el profesor Briceño Guerrero en su conferencia «El alma común de las Américas»,⁽²⁾ con la que se dio inicio a este ciclo organizado por el Museo Arqueológico «Gonzalo Rincón Gutiérrez», me permito anexar otra, también común a los hispanoamericanos, lusoamericanos, angloamericanos y francoamericanos y que se relaciona con los inmigrantes que, quiérase o no, sean de origen europeo, asiático, africano o hasta de América misma, son ya parte integrante del quehacer socio-histórico-cultural venezolano (como lo ha demostrado, en el libro **La enfermedad como lenguaje en Venezuela**, Jacqueline Clarac de Briceño) y es el desarraigo de los inmigrantes que, en forma parecida al de los «criollos» no se sienten pertenecientes a Venezuela, pero tampoco ya a los países de origen... Pongo como ejemplo los reiterados casos de isleños (por «canarios») que se molestan, luego de más de 30 años viviendo en Venezuela, porque siguen siendo denominados: «musiús» y que, al intentar el regreso a Canarias no lo logran, porque allá también son tenidos por «extraños» y son llamados, como en la época colonial (lo que indicaría que el fenómeno del desarraigo de los inmigrantes no es apenas de este siglo XX), «indianos» o, modernamente, también «sudacas».

Ahora sí, culmino con mi respuesta: decidí estudiar historia porque era la vía más expedita, dado que la Universidad supone el estudio sistemático de temas y autores en contraste con el «libre albedrío» del autodidactismo de leer cualquier libro de historia venezolana, para conocer una historia, la de Venezuela, que —para bien o para mal— ya era, y es, también, la mía. Decisión de la que —repito— no me arrepiento y la que me ha permitido encontrar más satisfacciones que desencantos, pues las primeras provienen de sentirme parte de una tradición que no conozco por la comodidad de haber nacido aquí (y así

define «Mafalda» al nacionalismo, 1972: historieta N° 80), sino porque voluntariamente la busco, mientras que los otros son patrimonio de la pertenencia al género humano y no por una historia particular de pueblo alguno.

De inmediato debo aclarar otro detalle autobiográfico: me desempeño como maestro de escuela, por lo que todas las carencias y deficiencias de mi exposición deberían ser tácitas (sobre todo en un país en el que el dedo acusador señala a la educación como fraudulenta e ineficaz, a la vez que la carencia, aunque sea de esa educación, es empleada para explicar la «delincuencia juvenil»), no tengo méritos académicos ni científicos de ningún tipo para hacer una disertación brillante e inobjetable como sería de esperarse. Mi presencia aquí obedece a una muy generosa invitación de la Directora del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes quien, aún a sabiendas de tales limitaciones de las que soy poseedor, me ha permitido exponer algunas sugerencias para alimentar el «debate cíclico», a veces hasta «visceral», sobre el 12 de octubre de 1492 y su significado como «Descubrimiento», «Invasión», «Etnocidio», «Saqueo», «Genocidio» o «Encuentro» cinco siglos después.

Encubrimiento e historia

Debo, entonces, contestar la pregunta que da título a mi intervención: «América 1492-1992: ¿500 años de qué?» a lo que contesto: *500 años de encubrimiento*, puesto que me permito considerar que ha sido este «encubrimiento» lo que ha permitido la re-edición anual de la polémica «Descubrimiento» versus «Invasión»...

Esta categoría, la de «encubrimiento», según señala Manuel Caballero (1992) es trabajada por el mexicano Leopoldo Zea para expresar la *negación* que implica

atribuirle categorías, causas y denominaciones a realidades diferentes a las nuestras y que fue precisamente lo que hicieron los europeos en América. Ejemplo representativo (y hasta humorístico) de ello es el nombre con el que los españoles, en 1517, designaron la costa hasta entonces inexplorada por ellos, de Centroamérica. Ese año la expedición dirigida por *Francisco Hernández de Córdova*, consiguió en la playa a un pequeño grupo de mayas putunes y al preguntárseles a éstos por el nombre de la zona, ellos respondieron «*yu catán*», que quería decir «*no entiendo*»... pero con tales palabras los de España designaron la región (ALAS, 1985: 17).

La segunda parte del título de mi intervención que amerita alguna aclaratoria es la del subtítulo que se enunció como «un drama orwelliano», para hacer referencia a la situación de oposición entre el afirmar y el negar la significación del llamado «Descubrimiento» (que sería lo «dramático» de estos 500 años) y para hacer mención del autor inglés *George Orwell* y dos de sus planteamientos «futuristas» en igual número de novelas (puesto que una, **1984**, fue escrita en 1948 y publicada por primera vez en 1952 y la otra, **Rebelión en la Granja**, vio su primera edición en 1945), donde indica que la manipulación de la historia sería uno de los medios de dominio a emplearse en el «futuro totalitario» (no sólo referido a los regímenes marxistas, sino, sobre todo, a los fascistas) que avisoraba para la humanidad.

La primera forma de *encubrimiento*, expuesta por *Orwell* (1981: 68 y 133) es la alteración de los contenidos, sin que pierdan su esencia, pero permitiendo interpretaciones diversas. Para graficarla este autor señala que los animales, tras tomar el poder en la granja, establecieron siete mandamientos para regir su vida y convivencia a partir de entonces, en concreto el sexto mandamiento señalaba que:

«Ningún animal matará a otro animal»,

pero cuando al grupo dominante (los cerdos) ello no convino, le hicieron una pequeña modificación y/o agregado para que sí conviniera:

«Ningún animal matará a otro animal *sin motivo*».

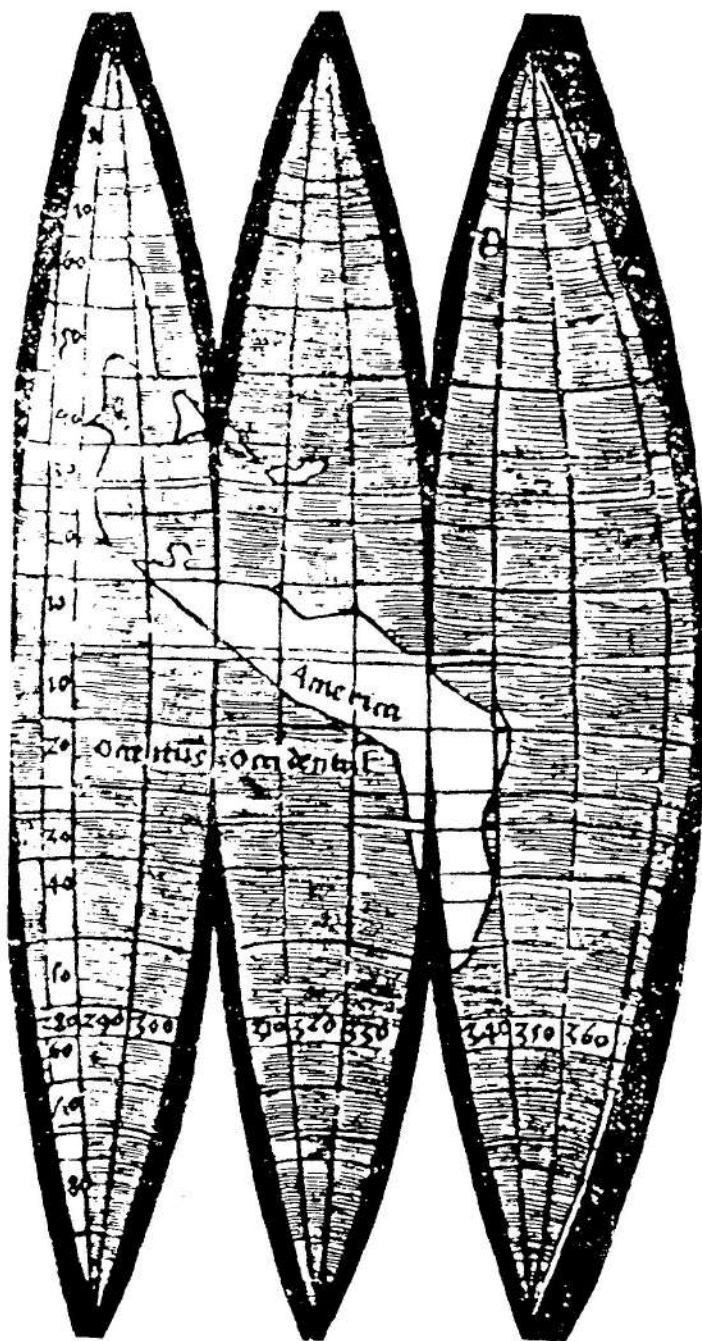
Para ilustrar esto recurriré al cronista *Guamán Poma de Ayala*, indio peruano que recorrió todo el territorio de lo que había sido el gran Imperio Inca y hacia 1615 produjo la monumental obra **Nueva Corónica y Buen Gobierno**, relación a ser presentada al rey español, en la que recogía la historia del Imperio antes y, sobre todo, después de la llegada de los españoles. Tomados dos fragmentos de su obra, uno por *Carmen Bravo-Villasante* (1985: 179) y otro por *Emir Rodríguez Monegal* (1984: 145), la imagen que puede hacerse el lector, en uno y otro caso, es diametralmente opuesta.

He aquí el párrafo seleccionado, por *Bravo-Villasante*, de *Poma de Ayala*:

«El Inga como tenía una casa y patio lleno de pájaros y monos y micos, y uacamayas, y loritos y periquitos, y cernícalos, y tórtolas, cucuri, y chivillos, chayna, y otros muchos pájaros de la sierra y de los yungas, Viscachas y lagunas de pescado, fuentes de agua uiricuy y paccha cantopacha.

«Como tenía un jardín y huerta para su recreación del Inga, asimismo tenían los cápac apo, principales de estos reinos, sembrado de verduras y yuyos, regalos, para tenerlos cerca».

Y de inmediato, del mismo *Poma de Ayala*, el párrafo que selecciona *Rodríguez Monegal*:



Primera aparición del nombre de «América» en la cartografía europea, correspondiente a un mapa del cartógrafo e impresor Martin Waldseemüller, hacia 1507 (tomado de la reproducción que aparece en la página 53 de NOTICIAS SECRETAS Y PUBLICAS DE AMERICA. Edición de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Tusquets/Círculo).

«esta es, cristiano, toda la ley mala y buena. Separa ahora mismo, cristiano lector, el mal al que apartas para que sea castigado del bien que sirve a Dios y a su Majestad. Cristiano lector, ésta es toda la ley cristiana: no he hallado indio que sea tan codicioso en oro y plata como un cristiano. Tampoco he hallado uno que deba cien pesos, o que sea mentiroso, jugador, perezoso, puta, puto, ni ladrón.

«Vosotros los cristianos desobedecéis a vuestro padre, a vuestra madre, al prelado y al Rey, y, cuando negais a Dios, lo negais a pie juntillo. Todo lo teneis y exhibís ante los pobres indios. Alardeáis de desollaros los unos a los otros y aún más a los pobres indios. Hablais de arrepentiros, pero no veo que os arrepintais en vida ni en hora de la muerte. Paréceme a mí, cristiano, que todos vosotros os condenais al infierno»...

Como es fácil de observar, del primer párrafo resulta un *Poma de Ayala* pacífico y sereno, un imparcial recolector de información que se regodea en la minucia del dato; mientras el del segundo párrafo resulta combativo y exaltado, un involucrado «panfletista» recolector de agravios que denuncia a los opresores cristianos.

La segunda forma de *encubrimiento* mostrada por *Orwell* (1984:51) es la del directo ocultamiento de los hechos y su suplantación por otros, él recurre al «oficio» del personaje central de su novela, Winston, en aquel mundo centrado en la obediencia al «Gran Hermano»:

«Diariamente y casi minuto por minuto, el pasado era puesto al día. De este modo, todas las predicciones hechas por el Partido resultaban acertadas según prueba documental. Toda la historia se

convertía así en un palimpsesto, raspado y vuelto a escribir con toda la frecuencia necesaria... personas cuyo deber era recoger todos los ejemplares de libros, diarios y otros documentos que se hubieran quedado atrasados y tuvieran que ser destruidos... los libros eran recogidos y reescritos muchas veces»...

El mismo *Guamán Poma de Ayala* permite ilustrar también esto: su «*Carta al Rey Felipe III de España*» (que fue el título original que le dio a su trabajo) jamás recibió contestación, los censores se encargaron de impedir que llegara al Monarca y que se traspapelara en el olvido de los archivos, hasta que en 1908, ¡casi tres siglos después!, un erudito la encontrara en la Biblioteca Real de Copenhague, la diera a conocer en un Congreso de Americanistas en 1920 y en 1936, como edición en facsímil, fuera publicada en París.

¿Es el encubrimiento consustancial a los estudios históricos?

Esta es la pregunta que surge después de haber visto que la historia sí puede ser cambiada, si tenemos en cuenta que los hechos pasan y de ellos sólo queda lo que trasciende a la palabra escrita, puesto que es sobre ésta que actúan los estudios históricos.

La respuesta, hasta esta parte de mi intervención, es así, afirmativa.

El encubrimiento histórico como «invento griego»

La consustancialidad del *encubrimiento* con la historia (en tanto relato-estudio de los hechos humanos) proviene de sus orígenes mismos, pues ella también es un «invento griego», la palabra «*istoria*»



Dibujo-Crónica de Guamán Poma de Ayala sobre la entrevista del Inca Atahualpa con los conquistadores Francisco Pizarro y Diego Almagro, acompañados por Fray Vicente y empleando al «Indio Lengua» Felipillo como intérprete, en 1523 (tomado de la reproducción que aparece en la página 149 de NOTICIAS SECRETAS Y PUBLICAS DE AMERICA. Edición de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Tusquets/Círculo).

en esa lengua significó en un primer momento, como oí explicar al profesor *Briceño Guerrero* en una de sus clases, ⁽³⁾ «*ser testigo*», por lo que *Hecateo de Mileto* y *Herodoto de Halicarnaso*, los primeros historiadores de la cultura occidental, escribieron relatos de lo que habían visto, oído y conocido por sí mismos. Con tal sentido se mantuvo hasta *Polibio*, quien empleó testimonios de otras personas (las llamadas «fuentes de segunda mano») y pudo remontar los relatos a tiempos en los que no había vivido y ubicarlos en lugares en los que no había estado.

De cualquier manera la historia, como estudio del pasado, nace en Grecia porque ella estaba constituida por sociedades «volcadas al pasado», tanto que su lengua ...«apenas si tenía tiempo futuro; mientras que era riquísima en sus matices del pasado»... de suerte que este tiempo gramatical era más bien un «desiderativo», una «forma modal» en donde «desataré» quería decir más bien «intento desatar», lo cual ha planteado el problema de que Dios, como zarza ardiente, le dice a Moisés, en hebreo: «Yo soy el que seré» y al pasar al griego de la Septuaginta queda como «Yo soy el que ha sido», y en latín cambia a «Yo soy el que soy» (NUÑO, 1991: 154-155).

Esta visión griega del Cosmos, pendiente del pasado porque su concepción del tiempo era cíclica, se expresaba también en su arte, así Yocasta (en el *Edipo Rey* de Sófocles) le decía a Edipo que ...«el varón prudente juzga lo nuevo por lo antiguo»... asimismo a Ulises la novedad le causa pavor y sólo anhela el retorno a lo que ya tuvo; en ciencia Euclides hacía lo mismo: demostraba geométricamente lo que ya se conocía como resultado, que es lo que era el teorema que lleva su nombre y en teatro también ocurría lo mismo: el público conocía el desenlace de las obras, siempre el mismo, su interés

estaba en el «cómo» cada autor explicaba un desarrollo para llegar al mismo «qué». Para explicar más la situación, es posible percatarse de que esta concepción del tiempo que tenían los griegos era la más propicia para el surgimiento de la historia: cuando en el *Hippias Mayor* de Platón, Sócrates le pregunta al Sofista por lo que más le gustaba al público oírle, éste le responde: «Escuchan con el mayor placer las genealogías de sus héroes y varones famosos, la conquista de las tribus y cómo se fundaron las antiguas ciudades»... (en NUÑO: 153-154).

Y en esa historia que reconstruye el pasado para llegar al hecho conocido del presente, el *encubrimiento* es casi un recurso literario que se emplea para enzalzar o estigmatizar situaciones y personajes del momento del narrador —historiador, de acuerdo a quien detente el poder político, económico o social.

El encubrimiento histórico como «creación literaria»

El ya nombrado *Polibio* testimonia tal situación. Nacido en Grecia, fue rehén en Roma por 17 años, tiempo durante el cual se ganó la buena disposición de sus captores, que le permitieron visitar sus archivos y le dejaron oír sus leyendas; con tales «testimonios» redactó una *Historia Universal* que reducía todo al dominio del mundo por Roma como su «destino natural» (CONNELY, 1987:14), lo cual «demostraba» en los hechos que seleccionaba y los que encubría ignorándolos.

En la China no-occidental la historia no fue cosa diferente, el historiador *Ssu Ma-dyen* (145-86 ó 74 a.c.) redactó una obra llamada *Shi Chi* (o *Notas de los Historiadores*) referida al primer período la *dinastía Jan*, reduciendo los hechos a una relación de tablas y listas de soberanos y «familias hereditarias» (CONNELY:

15), todo lo demás quedaba *encubierto* al no merecer mención alguna.

Los árabes no-occidentales tuvieron a *Ibn Jaldún* (1332-1400 d.C.). Para él la historia era ...«el relato... de los cambios operados en la naturaleza de tal sociedad, tales como el estado de salvajismo, la sociabilidad y la solidaridad de los grupos, de las revoluciones y revueltas de un grupo contra otro, con los resultados consiguientes de la formación de nuevos reinos y estados»... (CONNELY:16), en otras palabras: la apología del vencedor y la defenestración del vencido.

Otro historiador occidental, *Dioniso de Halicarnaso*, proyectó su *Romanae Archaeología* o *Antiquitates Romanae* en 20 volúmenes (de ellos se conservaron 11), donde con facilidad combinó los hechos humanos con las tradiciones míticas (CONNELY: 15) para hacer el elogio del Imperio Romano.

La Edad Media europea, con predominio aparente de la Iglesia (puesto que su historia se escribe a partir de las crónicas y relatos elaborados por los que sabían escribir, precisamente los miembros de esa Iglesia), tiene una historia al servicio de ella y por sus anales desfilan innumerables listas de papas, obispos y santos que anulan la presencia de los demás. Para afianzar tal primacía, funda la Iglesia universidades centradas en el cultivo de la «reina de las ciencias»: la Teología; esto, junto con la invención de la Imprenta (en 1448), dio acceso al mundo de la letra impresa a la estirpe de los nobles y planteó la necesidad de recoger los relatos orales por escrito, lo que dio paso a la coexistencia de libros de eruditos clérigos que escribían sobre temas divinos y humanos y libros que narraban fantásticas aventuras de caballeros andantes que luchaban contra variadísimos monstruos para ganar el amor de

una hermosa princesa o hacer triunfar la religión verdadera entre los infieles (a fin de lograr pasar la censura inquisitorial que prohibía la impresión de libros impíos). El manipulado relato histórico y la creación literaria marchaban a la par de las explicaciones de un mundo que se «movía», por voluntad de un ser divino que manejaba los hilos de los hechos humanos.

Entonces una empresa comercial dirigida por un navegante de apellido Colón arriba a las islas del Caribe.

El encubrimiento histórico americano recibe al europeo

Pero el *encubrimiento* no era privilegio del mundo occidental, ya se ha hecho mención de cómo chinos y árabes no lo desconocieron. Los habitantes de América antes de la llegada de Colón también lo conocían. Los *aztecas* tuvieron a *Tlacaélel*, quien fue «primer ministro» de tres emperadores, creó las «guerras floridas» que llevaban a los guerreros a campañas contra pueblos que no les habían declarado la guerra, para tomar prisioneros y sacrificarlos a su dios *Huitzilopochtli*, elaboró la «ideología imperial» y fraguó la «visión mística» de los aztecas como «pueblo elegido»; hizo quemar todos los «textos» de las poblaciones conquistadas por ellos para re-escribir la historia del valle mexicano, la cual a partir de entonces debía ser interpretada a partir del advenimiento de la «raza» que desde el cactus sobre la roca estaba destinada a gobernar (ALAS, 1985:49).

Entre los *Incas*, cuando moría el «soberano», los «altos dignatarios» se reunían para considerar los hechos de mayor importancia que había protagonizado aquél y seleccionar, entre ellos, los que debían hacerse conocer al pueblo y los que debían servir de tema para que los trovadores, encargados de la tradición hablada,

los difundieran y también aquellos que, como las derrotas, debían ser atribuidos a la voluntad divina (COSSIO DEL PO-MAR, 1975: 23-24).

Tanto los *Aztecas* como los *Incas*, por tal vía, buscaban lo que no ha dejado de tener vigencia: iniciar la historia (y todo lo que de ideológico —y/o «falsa conciencia»— se deriva de ella) a partir de su arribo al poder, en *desmedro-descalificación-encubrimiento* de lo precedente. Luego de que *Itzcóatl*⁽⁴⁾ viera cumplida su orden de quemar todos los códices primitivos, mandó a redactar nuevos textos histórico-religiosos donde los *Mexicas* aparecían como descendientes de los *Toltecas* (esto es: *legitimados*), a la vez que lograba elevar a su dios preimperial *Huitzilopochtli* de protector divino local (posiblemente resultado de la fusión de un héroe y un dios), a equivalente-sustituto de *Tezcatlipoca* (el sol «joven» —blanco-creciente de la primavera y el verano), deidad del sur y de *Tonatiuh* (el sol guerrero) y constituir en él un culto imperial que unía la divinidad protectora, el expansionismo guerrero y el sol (CONRAD Y DEMAREST, 1988: 55-63).

Asimismo los *Incas* a partir de *Pachacutec* (con quien se inicia la expansión imperial), con él la tradición oral comienza la construcción de una historia gloriosa en la que los *Incas*, desde siempre, habían estado regidos por una dinastía de reyes divinos descendientes de *Inti* (esto es; también *legitimados*), un aspecto del dios del cielo y re-elaboraron el alto panteón para satisfacer las necesidades de justificación ideológica y legitimación que demandaba el proceso histórico del que participaban (CONRAD y DEMAREST: 128-129). Incluso *Garcilaso Inca de la Vega* al procurar darle coherencia racional europea al mundo de sus ancestros, establece tres edades: a la primera (la preinca) la caracteriza como de

barbarie (ignorando, pues su existencia la ha revelado la arqueología en este siglo, las civilizaciones *Chavín*, *Mochica*, *Nazca*, *Tiachuanaco* y *Chimú*), a la segunda (la correspondiente al auge de los Incas) como de civilización y la tercera es la del arribo del cristianismo (en WACTHEL, 1976:244).

El encubrimiento histórico que llega de Europa

Los europeos que llegan a América no creen haber arribado a un «Nuevo Mundo» sino al «Viejo Mundo» que habitaba en sus mitos y leyendas: que era el que esperaban encontrar y que estaría demostrado en la circunstancia de que los exploradores de Europa se hacían acompañar de eruditos conocedores de las lenguas clásicas del mundo antiguo, a fin de lograr establecer comunicación con los naturales. Incluso, ya percatados de que los aborígenes americanos no pertenecían a ninguna de las «razas» conocidas, todavía las imágenes para describirlos son las referentes a Europa o a la misma España, por ello cuando *Hernán Cortés*, en su segunda carta a *Carlos V*, describe *Tenochtitlán* señala que «hay en esta ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos»... (en BRAVO-VILLASANTE, 1985:47); pues como dice *Emir Rodríguez Monegal* (1984:10) «el Nuevo Mundo de Colón fue, en realidad, un mundo viejo, visto como nuevo y romantizado por los lectores de Marco Polo y de las novelas de caballerías»...

Hay que apuntar, además, que quienes actuaban como cronistas ejercían una plaza, un cargo remunerado (BRAVO-VILLASANTE, 1985:24) para el que nombraban a quien cumplirse con una serie de requisitos entre los que el arte de escribir era una de los más indispensables, por lo que sus relatos, en muchos casos eran más una obra literaria que un informe

preciso sobre una realidad específica. Tal es el caso, por ejemplo, de *Antonio de Solís y Rivadeneyra* (nacido en Alcalá de Henares en 1610, con estudios de latín, filosofía, leyes y cánones en Salamanca; fue secretario del Virrey de Navarra y Portugal, asimismo oficial de la Primera Secretaría de Estado en tiempos de Carlos IV, hasta que en 1661 fue nombrado Cronista de Indias, para lo que en 1667 se hizo sacerdote). En su relación *Historia de la Conquista de México* (en BRAVO-VILLASANTE: 245), al momento de describir el reino de *Moctezuma II* lo que destaca en ella es el estilo barroco con que adereza la información (tomada de la *Historia General de las Indias* de Antonio de Herrera), he aquí un párrafo:

«Antes de sentarse a comer registraba los platos, saliendo a reconocer las diferencias de regalos que contenían; y satisfecha la gula de los ojos, elegía los que más le agradaban, y se repartían los demás entre los caballeros de su guardia: siendo esta profusión cotidiana una pequeña parte del gasto que se hacía de ordinario en sus cocinas, porque comían a su costa cuantos habitaban en palacio y cuantos acudían a él por obligación de su oficio».

Los españoles estaban, entonces, dispuestos a ver a América desde la perspectiva de las fantasías del Mediterráneo, las cuales les permitían «constatar» la «veracidad» de sus propios mitos en los relatos de los aborígenes. Así le sucedió al fraile dominico *Gaspar de Carvajal*, para el que no hubo dudas en tomar un testimonio indígena como la prueba de la existencia de las amazonas (en RODRIGUEZ MONEGAL, 1984:115), y escribió:

...«el capitán le preguntó si esas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo

casadas ni residiendo hombres entre ellas [obsérvese cómo el interrogador va construyendo el relato del preguntado], se preñaban; el indio respondió que esas mujeres están con hombres a temporadas y que, cuando les viene aquella gana, de cierta provincia que confina con la de ellas y pertenece a un gran señor, vienen blancos, excepto que no tienen barbas, a tener parte con ellas. El capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y si están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo, dicen que lo matan o lo envían a sus padres; si es hembra la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen a una señora principal a quien obedecen, que se llama Coroní. Dicen que tienen muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con grandes vajillas de oro y que las demás mujeres plebeyas se sirven en vajilla de barro y palo. Dicen que, en la ciudad donde reside la dicha señora, hay cinco Casas del Sol donde tienen a sus ídolos de oro y de plata en figuras femeninas y muchas más vasijas de oro y que las demás mujeres plebeyas se sirven en vajilla de barro y palo. Dicen que, en la ciudad donde reside la dicha señora, hay cinco Casas del Sol donde tienen a sus ídolos de oro y de plata en figuras femeninas y muchas más vasijas que les han sido ofrecidas. Estas casas, desde el cimientto hasta medio alto, están todas recubiertas de plata, y sus asentaderos, también de plata, están adosados a las paredes, ahí se sientan cuando van a hacer sus borracherías»...

Esta visión distorsionada de América fue la primera forma de *encubrimiento*, que llegó al paroxismo cuando, para justi-

ficar el asalto de poblados indígenas, la masacre de sus pobladores y su captura como prisioneros de guerra para ser sometidos a esclavitud y venta (repitiendo la modalidad «aprendida» en España durante la Reconquista contra los «moros») o «Justa Guerra», puesto que había sido prohibida tal práctica por Real Cédula de 1530, salvo en los casos en que los indígenas, además de paganos, fuesen insumisos y practicaran costumbres abominables. Por lo que, entonces, empezaron a abundar los «testimonios» sobre tales características en los indígenas que resistían físicamente a la Conquista.

López de Gómara (en SEJOURNE, 1973: 104) llega a «definir» a los *Taínos* de Cuba como: ...«grandísimos sodomitas, holgazanes, mentirosos, ingratos, mudables y ruines»...

Sin ser extraño, por ello, que en las «Leyes Nuevas» de 1542 y en la «Recopilación» de 1680, se autorice esclavizar a las etnias indígenas más rebeldes: los *araucanos*, los *caribes* y los *mindanaos* (OTS CAPDEQUI, 1975:24).

Como derivación de este *encubrimiento*, surgieron sus dos versiones legendarias, la «Negra», según la cual los españoles quedan reducidos a practicantes feroces de la violencia con sevicia y los indígenas a víctimas sacrificadas inmisericordemente, cuando no explotados impunemente por un sistema de la más inhumana economía y el saqueo; y la «Dorada», en la que los naturales son minimizados como «semi-bestias» sanguinarias, en «estado cultural animista» que los hacía adorar piedras y astros, situación de la que los habrían rescatado los piadosos misioneros de la verdadera religión que los enseñaron a participar del «mundo civilizado».

El encubrimiento histórico que se queda y persiste en América

Pero no todos los cronistas se limitaron a hacer la apología de la «obra civilizadora» de España en las Indias Occidentales y a defenestrar a las «salvajes» culturas aborígenes, también hubo los que las estudiaron (seguramente con el propósito de «conocer al otro» a fin de poder penetrar su cultura e introducir nuevos elementos en ella), sobre todo los clérigos fueron los que llevaron adelante esta modalidad, siendo uno de los ejemplos más representativos el del Arzobispo de Yucatán *Diego de Landa*. Este, en un auto de fe, quemó valiosísimos documentos («códices») de los *Mayas*, pero años después se dedicó a recopilar testimonios de esta cultura y los recogió en un informe conocido como **Relación de las Cosas de Yucatán**, elaborado hacia 1566 (CERAM, 1985: 354 y 358). Por esta vía los estudios geográficos, botánicos y zoológicos se enriquecieron considerablemente y los historiadores y etnólogos han podido comprender la tarea de reconstruir, con el auxilio de la arqueología, la historia precolombina de América.

Claro que esto último no fue tarea sencilla, pues el *encubrimiento*, como política colonial de la Corona española se encargó de ocultarlos, censurarlos y modificarlos por siglos.

Ya se mencionó lo sucedido con el trabajo de *Guamán Poma de Ayala*. El caso del informe de *Landa* es similar, permaneció oculto en la Biblioteca Nacional de Madrid hasta que en 1863 el investigador *Charles Brasseur de Bourbourg*, lo rescató (CERAM: 354). Idéntica suerte, obviamente, corrieron aquellas crónicas que relataban las tropelías de encomenderos, corregidores y funcionarios coloniales



«La Malinche» o «Doña Marina», india que sirvió de intérprete a Cortés ante los Aztecas (las pequeñas lenguas indican conversación), en una ilustración del «Codex Florentinus» de Bernardino de Sahagún, el mismo se encuentra en la Biblioteca Laurenziana de Florencia (tomado de la reproducción que aparece en la página 71 de NOTICIAS SECRETAS Y PUBLICAS DE AMERICA. Edición de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Tusquets/Círculo).

contra los indígenas. En Europa se fomentaron las ediciones de los escritos de *Gonzalo Fernández de Oviedo*, *Hernán Cortés*, *Alonso de Herçila* y *Francisco López de Gómara* (que alimentaron la «Leyenda Dorada»), mientras se silenció, por ejemplo la Carta de *Pedro Vaz de Caminha* sobre su arribo al Brasil, ella conoció su primera edición en 1817 (RODRIGUEZ MONEGAL, 1984: 11 y 40).

Bartolomé de Las Casas, por su parte, vio como su libro **Breve Relación de la Destrucción de las Indias** fue prontamente traducido a seis lenguas europeas bajo los auspicios de Francia, Holanda y Gran Bretaña, que le disputaban a España el predominio de la navegación marítima y el «derecho» sobre las Indias; mientras que su obra magna, *Historia Natural de las Indias* no conoció la impresión hasta 1875 (RODRIGUEZ MONEGAL: 14 y 59). El franciscano *Bernardino de Sahagún*, que recorrió México «convirtiendo» a los indígenas de *Tlamanalco*, *Tlatelolco*, *Xochimilco* y la capital virreinal a la vez que recopilaba, en lengua náhuatl, informes sobre la vida de los Aztecas hacia 1548, sólo llegaron a ser publicados, con el título de **Historia de las Cosas de la Nueva España** en 1829 (RODRIGUEZ MONEGAL: 90). Y el mestizo *Garcilaso de La Vega*, escribiendo en España, en castellano y para españoles, al momento de reconstruir literariamente el mundo de su progenitora (hija de uno de los hermanos del último Inca), en la obra que hoy se conoce como **Comentarios Reales**, al momento de publicar el segundo tomo, los censores hicieron que el título fuese cambiado a **Historia General del Perú**, a la vez que su circulación fue prohibida en América (RODRIGUEZ MONEGAL: 14, 128-130).

Todo esto reafirma la observación inicial, partiendo de *Benedetto Croce*, de

que toda historia es historia contemporánea, sobre todo porque *el encubrimiento es contemporáneo con todas las épocas y pasa a formar parte del debate ideológico, que es encubridor en su naturaleza*.

Con el establecimiento de la Colonia y su imperio burocrático heredado de Roma por los españoles, los indios quedan *encubiertos* como «almas» en los registros de los pueblos de indios, «tributarios» de las encomiendas, guarismos de los censos y padrones y una que otra mención en las materias de compra-venta, matrimonios, disensos, juicios... en los documentos protocolizados antes los escribanos públicos.

La *actitud encubridora* del Criollo no es distinta de la del peninsular que lo procreó en América. Uno de ellos, *José de Oviedo y Baños* (1982:1-86), llamado «el primer historiador de Venezuela», en su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, al narrar un enfrentamiento entre las tropas de *Federman* y el Gobernador *Hortal* contra los *Gayones*, lo hace en estos términos:

...«necesitaron bien de los suyos los soldados de ambas compañías, juntos en un batallón, para el rechazo de cuatro mil *Gandules* [los *Gayones*, los subrayados son míos: MARL], que componían *el ejército enemigo*, quedando desbaratado, y la victoria por *los nuestros*»...⁽⁵⁾.

El criollo llama «gandules» y «enemigos» a los aborígenes y enzalza la victoria de los españoles a los que denomina «los nuestros».

La independencia los hace masa anónima de los ejércitos republicanos y realistas que, según la historiografía, siguen a los caudillos (los nombres de estos sí llenan los textos de historia).

Con el advenimiento de la República las nuevas naciones independientes se levantan como fantasmas moribundos, con una población económicamente activa desmembrada en los campos de batalla o portando las lanzas y los harapos de los ejércitos, aisladas internacionalmente, con los rebaños de ganado dispersos y disminuidos, con las haciendas dominadas por el monte y los trapiches derrumbados. La «recuperación» para los nuevos vencedores, los criollos, sigue siendo la tierra y se lanzan a apropiársela, mientras las carencias de mano de obra se trata de remediar con la restitución de la esclavitud⁽⁶⁾ y la inmigración de mano de obra «blanca» (especialmente canarios). Y las tierras a apropiarse no eran más que las que poseían comunitariamente los indígenas, los «Resguardos»⁽⁷⁾ que se legalizaron en la época colonial de las que conformaban las *Misiones y Doctrinas* (PEREZ VILA, en 1988-III: 374-377). Además de que esa «generación libertadora» (rebautizada, para el período republicano de Venezuela, por *Carlos Soublette*, como «liberticida»), como detentadora del poder de las armas, reprimió las sublevaciones indígenas⁽⁸⁾ que, sin embargo, pasan a los libros de historia *encubiertas* como «luchas sociales», respuestas a la «explotación económica», resultados de la «independencia inconclusa» o búsquedas de «igualitarismo»...

Y precisamente este «igualitarismo del venezolano» ha sido la excusa de la que se han valido quienes han practicado conscientemente este *encubrimiento*, pues, argumentan, especificar los contenidos étnicos de los procesos socio-histórico-culturales contribuiría a enfrentarlos... por lo que prefieren hablar de pobres y ricos, burgueses y proletarios, explotadores y explotados, clase dominante y clase dominada, pues así los conflictos particulares se unificarían en pro de una meta común: acabar con la desigualdad entre

los que controlan el poder económico y los que lo sufren.

Sobre esto dos referencias podrían especificarlo, pues una y otra expresan dos vías historiográficas en que ha mutado el *encubrimiento*: la derivada de la política (las luchas étnicas son *encubiertas* por las «revoluciones») y la proveniente de la legislación (la igualdad o desigualdad se califica a partir de si el texto jurídico las consagra o no). El mito del «igualitarismo venezolano» fue acuñado por *José Gil Fortoul*, quien vio en la legislación que se produjo tras la Guerra Federal (1859-1864), comparándola con la antecedente, la supresión de las diferencias étnicas en Venezuela y afirma (en MIJARES, 1975: 134):

...«¡Por fin el negro igual al blanco, el liberto igual al amo, el pobre igual al rico, el pobre rico!... no lo habían sido hasta ahora efectivamente, sin limitaciones ni cortapisas sociales»...

En esa «Guerra Larga» la historiografía, a cuenta del «igualitarismo» en que habría concluido, no hace mención de los elementos étnicos que la constituyeron y sólo nombra, por lo tanto, al «pueblo venezolano» en pos, no precisamente del «igualitarismo», sino del «ideal de la Federación». Para desgracia de esa historiografía, *Ramón Díaz Sánchez* (1975:277) rescató del «Libro de debates» del Congreso Nacional, la intervención del Senador *Antonio Leocadio Guzmán*, él, con cinismo u honestidad, dijo, para que no hubiera lugar a engaños:

«No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la federación, cuando no sabe ni lo que esa palabra significa. Esa idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la

Convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea: ¡porque si los contrarios, señores, hubieran dicho Federación, nosotros hubiésemos dicho Centralismo!».

Y el *encubrimiento* prosigue: en 1882 el General y Doctor, Presidente de la República, *Antonio Guzmán Blanco*, por Ley, hace desaparecer la categoría y el status de «indio» en toda la República, menos en los territorios Amazonas, Alto Orinoco y la Guajira (en PEREZ VILA, 1988: III-375). Igual como sucedió en la campaña electoral de 1983, cuando un candidato presidencial prometió a los indígenas de la etnia Warao: hacer desaparecer la palabra «indio» del Diccionario. Y son recientes los sucesos del 12 de Octubre de 1992 en *Paraguaipoa*, que en la mente de la mayoría, en virtud de una prensa que entiende la «libertad de expresión» como cambiar un escándalo por otro, fueron calificados como «atentado» al Presidente y no como asesinato de *indígenas Wayúu*.

Consecuencias del encubrimiento histórico en Venezuela

Conjeturar las consecuencias del *encubrimiento* mostrado puede conducir a apreciaciones diversas, quiero referirme a tres de ellas.

La primera es que mi exposición ha incurrido en lo señalado, *he hecho un discurso histórico encubridor*: he ocultado-encubierto unos hechos y he rescatado otros en perjuicio de los demás.

La segunda es la que se refleja en las evaluaciones que se hacen sobre el acontecimiento ocurrido hace 500 años.

Hace un siglo se «celebraron» las «cuatro centurias» del hecho y Mérida no fue ajena a ello, aquí se constituyó una

Junta que conmemoró, pero no en 1892 porque la inestabilidad política del país no lo permitió, sino en 1893, con la erección del busto al Almirante *Cristóbal Colón* mediante la contribución en metálico que hizo la colonia italiana (la española ni se nombró, la «epopeya descubridora» fue tomada como mérito y virtud de un solo hombre, italiano de nacimiento y a él se le rindieron los honores), que trajo como consecuencia un álgido debate por las cuentas no muy claras que rindió la Junta en cuestión; de ello hay testimonio en la prensa de la época y en la Sala Febres Cordero se hizo, en octubre de 1992, una exposición bastante ilustrativa.

En 1898, en ocasión de los 400 años del arribo del tercer viaje colombino al territorio de lo que hoy es Venezuela, en el periódico de la Diócesis merideña, el *Boletín Diocesano* (1898:58) incluyó una nota alusiva, sin firmante (por lo que su autoría podría atribuirse a su Director, el *Presbítero Doctor J. Trinidad Colmenares H.*) que hace este panegírico del «Almirante de la Mar Océana».

«¡Gloria a Colón que nos trajo el conocimiento del único verdadero Dios!

«¡Gloria a Colón que nos abrió las puertas de la civilización!

«El primero de agosto los felices moradores de esta *Tierra Santa* [sic], puestos en pie y descubriéndose reverentes, darán ezpansión [sic] al entusiasmo y exclamarán: «¡Gloria a Cristóbal Colón descubridor de un nuevo mundo!».

Cien años después de 1892, el hecho ya no es visto como glorioso ni elogiable, se lo apropia España (que organiza una exposición universal, una Olimpiada y eroga dinero promoviendo concursos, ediciones y proyectos filmico-televisivos), pero en Venezuela las «glorias» pasan a «condenas».

En 1991 *La Revista de Caracas* (1991:30-31) interrogó a varios jóvenes sobre la evaluación que podían hacer sobre el 12 de Octubre de 1492 y estas fueron algunas de sus respuestas:

«Yo pienso que los españoles sometieron los indígenas a costumbres y religiones totalmente desconocidas por éstos. Además de obligarlos a hacer trabajos forzados» (Adrián Alejandro Ciaramellano Matos, 13 años).

«Los españoles trataron demasiado mal a nuestros indígenas... obligaban a los indios a buscar perlas en el fondo del mar»... (Glinda Neva Perero Rivero, 13 años).

«Los indios que vivían aquí, eran cazadores y pescadores, y vivían en paz hasta que llegaron los españoles» (Hilber de Freitas, 7 años).

Recientemente un dirigente estudiantil de la Universidad de Los Andes (ANDRADE, 1992:8) escribió:

«Numerosas comunidades indígenas fueron ahogados [sic.] en sangre. Fueron masacrados por la furia asesina de los descubridores, a tal extremo que la tierra americana se estremeció de dolor. Otros pueblos fueron aniquilados por el sudor de la explotación irracional. Las culturas INCAS, MAYAS, AZTECAS, CARIBES [sic.] resultaron vilmente sepultadas, por el peso de la codicia, de la ambición y un modo de producción negador de los derechos humanos y la justicia social».

Como pueda pensarse que estas opiniones están vinculadas con las deficiencias de la educación en la Venezuela actual, proveniente de la pluma de un

dirigente sandinista y ahora también poeta, el Comandante nicaragüense *Tomás Borge* (1992:14) está la siguiente afirmación:

«Ciertamente que los españoles nos humillaron, nos impusieron sus idiomas, entre ellos el castellano, tan hermoso, y nos hicieron creer en un solo Dios. Pero podemos afirmar que, de alguna manera, no nos conquistaron».

Y la tercera consecuencia del *encubrimiento* se manifiesta en dos detalles a destacar de las opiniones citadas: salvo *Tomás Borge*, *nadie se identifica con los aborígenes americanos*, los tratan como a terceros... el otro detalle es que *siempre los europeos son percibidos como activos* (son los que «descubren», «abren las puertas a la civilización», «someten a los indígenas», «obligan a los indios», «interrumpen la paz», «aniquilan las culturas precolombinas», «humillan» e «imponen idioma y religión»), *mientras que los aborígenes americanos lo son como pasivos* (son los «descubiertos», «civilizados», «sometidos», «obligados», «interrumpidos», «aniquilados», «humillados» e «impuestos de idioma y religión»).

Mientras esa imagen perviva la disputa anual de si lo de 1492 fue «descubrimiento», «invasión», «encuentro» o «saqueo» no tendrá punto de acuerdo. Los europeos podrán justificarse porque «civilizaron» a unos seres inmóviles y taciturnos, mientras que los americanos no podrán justificarlos porque los masacraron y explotaron pese a su pasividad.

La etnohistoria como vía al desencubrimiento histórico de América

Después de todo lo anterior pareciera que no hay salida, que *la historia es*

encubridora en sí y todo estudio que por su intermedio se emprenda obligatoriamente conduciría al *encubrimiento*.

En auxilio de la historia ha llegado la *Etnohistoria*, la cual ya no me atrevo a «definirla» como otrora, que era: «el estudio de la historia desde una perspectiva antropológica»..., sino que, varios años después, me atrevo a ensayar ésta: «estudio de la historia desde una perspectiva pluridisciplinaria de análisis y partiendo del reconocimiento de la diversidad en el espacio y la discontinuidad en el tiempo de las acciones humanas»...; ello porque ya la reconstrucción de los hechos no se limita al documento escrito, sino que se auxilia de los conocimientos de otras disciplinas: la arqueología, la lingüística, la psicología, la botánica, la geología, la astronomía, la geografía, por supuesto la antropología y también la mitología (aquí demostró la profesora *Jacqueline Clarac de Briceño*,⁽⁹⁾ con el mito de los caribes, como era posible aclarar la incógnita con que se toparon los conquistadores al comprobar que en ciertas tribus los hombres hablaban lengua caribe, mientras que las mujeres lo hacían en lengua arawak). La información, para la *Etnohistoria*, tampoco se queda en el dato muerto del archivo documental, sino que lo complementa con los provenientes de la tradición oral, el son de la manifestación musical, los colores de la decoración de la vasija, los pasos del baile, las innovaciones de la curación... no como mero inventario de hábitos, sino como expresiones de la complejidad del ser y quehacer humano que no puede ser reducido a gobernar y dejarse gobernar, mandar a sembrar y dejarse dar órdenes o vestir manto y andar descalzo... Complejidad que no fenece en el humano cuerpo efímero que le da presencia, sino que lo trasciende y sigue actuando en los eslabones de esta cadena que somos, independientemente de la ficción convencional del calendario.

Véase lo anterior en un caso concreto: los indígenas mayas cultivaban cacao y tabaco, importantísimos productos para el comercio, cinco siglos después el «inhumano capitalismo» los hace sembrar plátano; los descendientes de aquéllos indios, hoy llamados «campesinos» no por todo lo ocurrido en ese tiempo dejan de invocar a los *Chacs*, los *dioses de la lluvia*, al igual que sus ancestros, para que la cosecha sea buena (THOMPSON, 1979).

Habría que agregar que la *etnohistoria* está en construcción, hasta los momentos, que un servidor sepa, los *estudios etnohistóricos* han sido parciales, sobre hechos y especialidades específicos (estudios que también son conocidos como «*Microhistoria*»): aún no se han emprendido estudios sobre procesos globales.

Como me he atrevido a asomar la posibilidad de que la *Etnohistoria* sea la vía idónea para llegar al des-encubrimiento histórico de América, intentaré apoyar tal osadía, brevísimamente, con una situación histórica: ¿por qué fueron derrotados los indígenas?

Al plantearse esta pregunta lo primero que suele venir a la mente es pensar en pólvora contra flechas, caballos y perros contra indios descalzos y sanguinaria y codiciosa actitud contra pacíficos aborígenes. Esto es: la «derrota» americana se «mira» a partir del momento de la llegada de los españoles.

Pero los estudios de los etnohistoriadores británicos *Geoffrey Conrad* y *Arthur Demarest* (1988) señalan que las causas también hay que buscarlas en la misma naturaleza de la «organización imperial» de los *Aztecas* y los *Incas*. En el caso de los primeros, su predominio en el altiplano central mexicano se hizo a expensas de los otros grupos aborígenes del

área, lo que lejos de cohesionarlos, los enemistó, con lo que se explicaría la situación de que fueron sobre todo los *Tlaxcaltecas* los que rindieron *Tenochtitlán* para Hernán Cortés. En Perú Pizarro recibió apoyo de la fracción de *Manco Cápac*, los *canaris* y los *huancas* contra los generales de *Atahualpa* (WACTHEL, 1976:53). En cuanto a los segundos, el sistema de la *herencia partida*, que hacía a los momias de los muertos propietarias de todos los bienes que habían poseído en vida, junto con la corte que los había atendido («*Panacas*»), la cual continuaba atendiendo a las momias, demandó trabajo tributario de la comunidad (para mantener las *panacas*) y llevó a la creación de una «clase noble» y «propietaria» que, defendiendo sus intereses (los de la momia a su cargo), eran un obstáculo para los nuevos gobernantes, quienes debían obtener sus bienes y propiedades a partir de ellos mismos, teniendo además menor disponibilidad de trabajo tributario (ya que buena parte de él se empleaba en las tierras de los muertos) para las tierras que obtenían por conquista y de donde salía la producción para alimentar a los mismos trabajadores tributarios, a la clase artesanal, ejércitos y servidumbre que tenían a su servicio; por lo que para 1532 el «sistema de reciprocidad» de la economía incaica (el pueblo daba su trabajo al *ayllú* o comunidad, ésta al *Curaca* y éste daba bienes al *Inca*, el cual retribuía al *Curaca* dándole otros bienes y artesanías que éste distribuía entre los miembros de los *ayllus*) estaba en crisis (CONRAD y DEMAREST, 1988: 107-180).

Otro elemento que suele mencionarse para buscar respuesta a la pregunta son los «presagios» que, entre *Aztecas*, *Mayas* e *Incas* los habrían predispuesto para hacer oposición, con posibilidades nulas de éxito, a los «blancos barbados» que llegarían por el mar: pero el etnohistoriador *Nathan Wachtel* (1976:37-52) advierte que tales

«presagios» podrían haber sido elaborados con posterioridad a la llegada de los españoles, como esfuerzo de interpretar su derrota.

En cuanto al enfrentamiento directo mismo, también (pp. 52-54) indica que las armas de las que disponían los españoles durante la Conquista eran muy poco numerosas y de poco alcance y llama la atención, más bien, hacia el carácter ritual que tenía la batalla para los indígenas, pues para ellos la meta no era eliminar al adversario en ella, sino hacerlo prisionero para sacrificarlo, después, a los dioses.

En verdad parece que la «estrategia guerrea infalible» de los españoles fue la importación de agentes patógenos a los que eran inmunes, pero que causaron auténtica mortandad entre los indios: sólo en el centro de México, de 1520 a 1600, hubo un descenso de la población en el orden del 75% (THOMPSON, 1979:77).

En cuanto a la «imposición» de la religión cristiana, *Wachtel* (1976:229-240) apunta que, por ejemplo, la provincia peruana de Chucuito tenía 60.000 habitantes en 1567, los cuales estaban a cargo de 16 ó 18 dominicos, a cada uno de los que les correspondían 3.500 almas a evangelizar; a lo que se sumaba la circunstancia de que los misioneros permanecían poco tiempo en sus parroquias y constantemente eran sustituidos por otros, que con la ceremonia del bautismo sin catequesis se conformaban y que las distancias entre una comunidad y otra requerían muchos días de camino.

Particularmente creo que la «América cristiana» es consecuencia del amalgamamiento del «paganismo» con que los españoles habían «contaminado» al Cristianismo que traían consigo, pleno de «santos» y «vírgenes» que perfectamente adquirieron las características de las



Dibujo-Crónica de Guamán Poma de Ayala, donde indica: «Pobre(s) de los indios. De seis animales que come (y) tememen (,) los pobres de los yn(dio)s en este reyno»..., que eran: la serpiente (el Corregidor), el león (el Encomendero), el ratón (el Cacique principal), el tigre (el español), la zorra (el padre de la doctrina) y el gato (el Escribano); (tomado de la reproducción que se incluye en la página 16 de LOS VENCIDOS, de Nathan Wachtel, Madrid, Alianza Universidad.

divinidades americanas, ocupando sus lugares tradicionales de culto: aquí cerca tenemos el culto a *La Candelaria*, estudiado por la profesora *Jacqueline Clarac de Briceño*,⁽¹⁰⁾ patrona de las Islas Canarias por cierto, a la que en La Parroquia le rinden culto sacrificándole (ritualmente ahora) sangre de gallo y con bailes de pasos indios. E igualmente habría sucedido con la «unidad en la lengua de Castilla», las múltiples lenguas aborígenes encontraron el lugar de encuentro en el castellano que se solidifica a la par de los ...«trescientos años de dominación»... en América, no hay que olvidar que la primera «Gramática», la de *Nebrija*, tiene pie de imprenta el mismo año en que la Reconquista triunfa sobre los árabes en Granada, *Isabel La Católica* expulsa a los judíos de sus dominios peninsulares y la empresa colombina arriba a América: 1492. Tampoco que los «americanismos» presentes en el castellano son considerablemente numerosos, tanto como las palabras de origen griego, latino y árabe.

A manera de conclusión

Ahora sí, para terminar, dos citas más y una última reflexión de mi parte.

La primera cita está tomada del libro **Discurso Salvaje** (1980:42-43) del profesor Briceño Guerrero y está referida a la duda de si la derrota americana ante la occidentalización se ha consumado:

...«Humillado y ofendido sigo siendo quien soy. Diríjanme los 'pardos' y los 'blancos' abiertamente. Métenme en sus partidos, en sus empresas, en sus escuelas, en sus burocracias. Diga yo "Sí amo, Sí doctor, Sí jefe, Sí camarada, Sí Padre". Pero sea yo quien soy. Partidos, empresas, escuelas, burocracias de ellos. Yo, el otro, empujado, manipulado, maltratado, tramposo, hipócrita, vendiendo

barato mi esfuerzo pero dando poco, burlando la vigencia siempre, burlando el castigo fue que me enfermé, me duele el hígado, se me murió la madre, abortó la mujer, es la fiesta patronal, es el día de la patria, soy torpe, soy bruto, soy olvidadizo, quiero y no puedo, soy inferior, pardos y blancos hombres hembras, yo hombrecito, hombrezuelo, hominúculo homínido de segunda, no pueda crear sino imitar e imito mal...' Yo alguien: a todas éstas alguien».

La segunda está tomada de una entrevista que concedió *Arturo Uslar Pietri* a la revista madrileña **El Tiempo** y que reprodujo en Venezuela **El Diario de Caracas** (1992:2), allí invita a asumir que los americanos descienden del agresor y el agredido:

«¿Quiénes nos conquistaron? Nosotros mismos, nuestros abuelos nos conquistaron. ¿A quiénes conquistaron? A nosotros mismos, a los indios que somos nosotros. Somos los herederos culturales y sanguíneos de ambos, de todos. ¿A quiénes esclavizaron? a los abuelos africanos, de modo que nosotros somos herederos de los esclavizadores y de los esclavizados, de los conquistadores y de los conquistados, pero no hemos querido asumirlo nunca».

Y lo de mi parte es invitar a los nuevos historiadores a *demostrar 500 años de encubrimiento, a des-encubrir a América*, sólo entonces podrá haber «descubrimiento» y «encuentro» de los americanos consigo mismos y el mundo del que participan.

Muchas gracias.

BIBLIOHEMEROGRAFIA CITADA:

- ALAS, Amelia (Coordinación)
1985 **La América Precolombina**, Madrid, Sarpes, colección los grandes imperios y civilizaciones, volumen 12, 112 pp.
- ALONSO, María Rosa
1960 **Residente en Venezuela**, Mérida, Universidad de Los Andes, 292 pp.
- ANDRADE, Diógenes
1992 «¿A 500 años de qué?» en: EL VIGILANTE, Mérida, 11-12-1992, p. 8.
- BORGE, Tomás.
1992 «¿500 años de qué». En: 'Suplemento Cultural del diario ULTIMAS NOTICIAS, Caracas, 8-11-1992, p. 14.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen.
1985 **La Maravilla de América** (Los cronistas de indias), Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica- Instituto de Cooperación Iberoamericana, 254 pp.
- BRICEÑO GUERRERO, J.M.
1980 **Discurso Salvaje**, Caracas, Fundarte, colección Delta, N° 7, 148 pp.
1992 «El alma común de las Américas». En: BOLETIN ANTROPOLOGICO N° 24 (enero-abril), Mérida, Centro de Investigaciones del Museo Arqueológico «Gonzalo Rincón Gutiérrez», Universidad de Los Andes.
- CABALLERO, Manuel
1992 «Acerca del 12 de octubre (1): El año de la gran sorpresa». En: EL DIARIO DE CARACAS, 10-10-1992, p. 6.
- CERAM, C.W.
1985 **Dioses, tumbas y sabios**. Orbis, colección Biblioteca de Historia, volumen 1, segunda edición, 415 pp.
- CLARAC DE BRICEÑO, Jacqueline.
1992a. **La enfermedad como lenguaje en Venezuela**. Mérida, Universidad de Los Andes, 528 pp.
1992b. «Mito y espacio en América». En: BOLETIN ANTROPO-LOGICO N° 24 (enero-abril). Centro de Investigaciones Museo Arqueológico Universidad de Los Andes, Mérida.
- CONNELY, Marisela
1987 **Cambios del análisis histórico**, México, Trillas-Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, serie Temas Básicos, Area: Historia Universal, 100 pp.
- CONRAD, GEOFFREY W y ARTHUR A. DEMAREST
1988 **Religión e imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca**. Madrid, Alianza Editorial, colección Alianza América, serie Monografías, volumen 18, 318 pp.
- COSSIO DEL POMAR, Felipe
1975 **El mundo de los incas**, México, Fondo de Cultura Económica, colección Breviarios, volumen 205, 1a. reimpresión, 216 pp.
- CROCE, BENEDETTO
1971 **La historia como hazaña de la libertad**, México, Fondo de Cultura Económica, colección Popular, volumen 18, primera reimpresión, 295 pp.
- DIAZ SANCHEZ, Ramón
1975 «La evolución política de Venezuela (1810 - 1960)» En: **Venezuela Independiente** (Evolución político-social. 1810-1960). Caracas. Fundación Eugenio Mendoza, pp. 23-173.
- DIOCESIS DE MERIDA
1818 BOLETIN DIOCESANO (Periódico mensual) Mérida, Diócesis de Mérida, Año I, N° 8, 01-08-1898, p. 58.
- GARMENDIA, Herman
1982 **Trinidad Morán. Héroe de El Tocuyo**. Barquisimeto, Asamblea Legislativa del Estado Lara, 25 pp.

- MIJARES, Augusto
 1975 «Evolución social de Venezuela (hasta 1960)». En: **Venezuela Independiente** (Evolución político-social: 1810-1960). Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, pp. 175-395.
- NUÑO, Juan
 1991 «El milagro griego». En: **Fin de siglo** (Ensayos), México, Fondo de Cultura Económica, colección Pensadores e ideas, pp. 141-163.
- ORWELL, George
 1981 **Rebelión en la granja**, Barcelona, Destino, colección Destino libro, volumen 23, 6a. edición, 181 pp.
 1984 **1984**, Barcelona, Destino, colección Destino libro, volumen 54, 6a. edición, 318 pp.
- OTS CAPDEQUI, J.M.
 1975 **El estado español en las Indias**. México, Fondo de Cultura Económica, 4a. reimpresión, 184 pp.
- OVIEDO Y BAÑOS, José de
 1982 **Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela**. Caracas, Fundación CADAFE, colección Clásicos Literarios Venezolanos, volumen 2, tomo II, 273 pp.
- PEREZ VILA, Manuel
 1988 «Resguardos indígenas» En: **Diccionario de Historia de Venezuela**, (Tomo III: P-Z Apéndices), Caracas, Fundación Polar, pp. 374-377.
- QUINO (Joaquín Salvador Lavado)
 1972 **Mafalda**, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, colección «Mafalda», libro N° 8, 242 historietas.
- REPORTAJES-ENTREVISTAS
 1991 «Los niños descubren a Colón». En LA REVISTA DE CARACAS, Caracas, Boleíta C.A. (Circula encartada en EL DIARIO DE CARACAS), 20 de Diciembre, pp. 30-31.
- RODRIGUEZ MONEGAL, Emir (Editor)
 1984 **Noticias públicas y secretas de América**, Barcelona, Tusquets/Círculo de Lectores, colección Biblioteca del Nuevo Mundo 1492-1992, 305 pp.
- RUBIO, Julián Ma. y otros.
 1970 **Historia de España. Gran Historia General de los pueblos hispanos** (Tomo III: La baja Edad Media y la unidad nacional). Madrid, Instituto Gallach, 4a. edición, 528 pp.
- SEJOURNE, Laurette
 1973 **América Latina** (I: Antiguas culturas precolombinas), México, Siglo XXI, colección Historia Universal Siglo XXI, volumen 21, 4a. edición en castellano, 331 pp.
- THOMPSON, Eric S.
 1979 **Historia y religión de los mayas**. México, Siglo XXI, colección Nuestra América, serie América Antigua, volumen 7, 3a. edición, 485 pp.
- USLAR PIETRI, Arturo
 1992 «Entrevista». En: Suplemento 'El Descubrimiento'. Epica de una Raza». de EL DIARIO DE CARACAS, 12-10-1992, p. 2.
- WACHTEL, Nathan.
 1976 **Los vencidos. Los indios del Perú Frente a la Conquista Española (1530-1570)**, Madrid, Alianza Editorial, 408 pp.

NOTAS

- (1) Sobre la biografía y obra de María Rosa Alonso pueden verse las solapas de la cubierta de su libro **Residente en Venezuela**, editado en 1960, en Mérida, por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes.
- (2) La misma podrá ser leída en el **Boletín Antropológico** N° 24 (enero-abril/1992).
- (3) Concretamente en la materia optativa «Historia de las Ideas en América y Venezuela» que como parte del pensum de estudios de la Escuela de Historia de

- la Universidad de Los Andes cursé en el semestre «A» de 1980.
- (4) Mientras en Amelia Alas (1985) *Itzcóatl* es presentado como «Primer Ministro», Conrad y Demarest (1980) se refieren a él como «Rey».
 - (5) Los subrayados son míos: MARL.
 - (6) Al respecto véase mi trabajo de Memoria de la Licenciatura: **Presencia y Liberación de los Esclavos en Mérida**, mimeografiado, 1983, 762 pp.
 - (7) Véase: **Materiales para el Estudio de la Cuestión Agraria en Venezuela** (1829-1860: Enajenación y arrendamiento de tierras baldías. Estudio preliminar por la Licenciada Carmen Gómez R.), Caracas, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, 1971, 678 pp. Por cierto, no está demás aclarar que esas «tierras baldías» no eran otras que las tierras comunales indígenas.
 - (8) Al «héroe independentista» tocuyano, cuyo apellido designa una jurisdicción municipal del Estado Lara y cuyos restos fueron traídos a Venezuela desde el Perú (donde murió fusilado en la Plaza Mayor de Arequipa, hacia 1854, como consecuencia de las ... «revueltas intestinas» ...) en 1956 (tras un erudito veredicto de la Academia Nacional de la

Historia de Caracas, a la que el gobierno perezjimenista le hizo la consulta debida sobre lo idóneo del caso) y reposan en el Panteón Nacional: *José de la Trinidad Morán*, le correspondió el dudoso honor (luego de haberse destacado, al mando del Batallón «Vargas», en la epopeya de la Batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824) de ser designado por el *Mariscal Antonio José de Sucre* para «pacificar» (el calificativo *encubridor* es de *Angel Grisanti*) a los *indios Iquichua y Huanta*, a quienes se les acusaba de haber matado solitarios soldados republicanos y de envenenar las aguas de los ríos; contra ellos emprendió el patriota Batallón «Vargas» al mando del héroe epónimo del Municipio Autónomo Morán, capital El Tocuyo, en los fines de 1825, junto con el «regimiento de Húsares» que comandaba el *Teniente Coronel Herrera* (más tarde presidente de la Nueva Granada) y fueron «pacificados»... (GARMENDIA, 1982: 22-23).

- (9) La ponencia podrá leerse en el **Boletín Antropológico** N° 24 (enero-abril/1992).
- (10) Esta exposición se la oí en las clases de Antropología II que cursé en el semestre «A» de 1976.

RESUMEN

En esta exposición, a la pregunta que le da título: «América 1492-1992: ¿500 años de qué?», se la responde: 500 años de encubrimiento. Este encubrimiento obedecería a la inclusión de la historia en los debates ideológicos del momento (1492) y de los cinco siglos siguientes y a la naturaleza metodológica de los estudios históricos mismos. Como salida al dilema encubridor de la historia y vía al des-encubrimiento de América, se asoma a la Etnohistoria.

(Palabras clave: **historiografía, encubrimiento, etnohistoria**)

ABSTRACT

The title of this paper asks a question: «America 1492-1992: 500 Years of What?»; the answer is: 500 years of covering up. Reality is masked by the involvement of history in the ideological discussions of the time (1492) and of the five centuries following, and by the methodological character of historical studies as such. As a way out of the dilemma of history's cover-ups, and a way toward the «dis-covering» of America, ethno-history comes forward.

(Key-words: **historiography, covering up, ethnohistory**)